

INSTANT.ES

La cacerolada atronó la calle.

Ajena, la mujer ajada de pelo blanco se empinó haciendo equilibrios sobre las punteras desgastadas. Estaba de espaldas, con un abrigo tan astroso como el carro que la acompañaba. A plena luz del día, rebuscaba con un gancho en el contenedor el alivio momentáneo de su hambre. No miraba a su alrededor, no se escondía de aquellos que pasaban dando voces, golpeando con sus palos de golf el mobiliario urbano. Desfilaban ufanos con sus ropas de boutique cara, apartando las banderas al pasar a su lado, no fueran a mancharse.

Tan solo una criada vestida como tal desvió la mirada hacia ella, sintiendo al instante un tirón del brazo. Su señora, con cara avinagrada, le indicó que no se parara y le diera más fuerte con la cuchara al cazo. Bastó un gesto, no fueron necesarias las palabras, además, ni siquiera entendía bien el idioma. Tampoco sabía por qué protestaban, nadie se lo explicó, ni falta. Ella solo obedecía. Interna y sin contrato, golpeó la cacerola temiendo encontrarse algún día como la otra. Quizá fue el ruido desmesurado o porque había encontrado al fin lo que buscaba, la indigente hincó los talones y se dio la vuelta con los restos nauseabundos de una hamburguesa entre las manos.

Invisibles para el resto, sus ojos se encontraron.

En ese instante, existieron.

*Pilar Sánchez Vicente*

*Julio 2021*